

## Por una televisión divulgativa y etnográfica

Luis Pancorbo<sup>1</sup>

Fue el 8 de abril de 1989 cuando Televisión Española emitió el documental *Oración de relativo*, inicio de la tercera temporada de la serie *Otros pueblos*. Dicha desde un punto de vista periodístico, la cosa puede tener rasgos muy sobresalientes, pues el programa incluía una entrevista con Julio Caro Baroja, a quien traté durante muchos años, y también contenía diversos fragmentos de una dilatada charla que sostuve con el gran etnólogo y filósofo Claude Lévi-Strauss. Por pura experiencia destacaría que uno de los mayores placeres de mi oficio es descubrir, en este deambular continuo por los más diversos lugares, a sabios como Baroja o Lévi-Strauss, o a personajes increíbles como los machiguengas que nos acogieron durante nuestro último rodaje. Ese tipo de satisfacción es lo que hace olvidar la faceta menos grata del quehacer televisivo: su propia rutina. Pero no desviemos el relato y volvamos a Lévi-Strauss, pues su mención en estas páginas no es gratuita. Dado que hemos de reflexionar con cierto detenimiento acerca de la posibilidad de un trabajo televisivo de contenido etnográfico, forzoso es recordar alguna de las lecciones del pensador francés en torno a esta materia.

Como él vive en la orilla derecha del Sena, fue necesario que tomásemos el metro hasta la orilla izquierda, donde se ubica la corresponsalía de Televisión Española. Por más que parezca un trajín poco agradable para un hombre de su edad, Lévi-Strauss se mostró muy cordial y soportó entrañablemente mis preguntas a lo largo de la mañana. Para introducir una de mis principales dudas, le apunté que, a mi modo de ver, la pequeña pantalla no produce una realidad sino una suerte de *tele-realidad*, lo cual cuestionaría la divulgación seria de la etnografía a través de este medio. Desconfiando de esa posibilidad, mi interlocutor juzgó esencial esta labor de los documentalistas. «Le voy a dar un ejemplo –dijo–. Imagínese que la televisión

<sup>1</sup> Periodista y escritor. Entre sus libros de carácter etnográfico destacan *La tribu televisiva* (1980), *Los hijos del fuego* (1986), *Los viajes del girasol* (1989) y *Samsara* (2000). Dirige el programa televisivo *Otros pueblos*, cuyo primer episodio se emitió el 9 de octubre de 1983 y que aún continúa en antena.

o el cine hubiesen existido hace dos mil quinientos años, y que nos encontráramos por casualidad una película que nos mostrara la vida cotidiana en Atenas o en Roma. Probablemente sabríamos mucho más acerca de los griegos o de los romanos que a través de la copiosa literatura que se ha escrito al respecto. Y como usted va a filmar poblaciones que espero que no desaparezcan físicamente pero cuyo modo de vida, en cualquier caso, se transformará radicalmente en los años venideros, recogerá usted testimonios de un valor inestimable<sup>2</sup>».

Un factor a tener en cuenta en este acercamiento televisivo al otro es, justamente, la dimensión teórica que le ha de dar coherencia. No es casual que Lévi-Strauss defendiese su tarea investigadora en una época dominada por múltiples procesos de aculturación. «Estamos oyendo todos los días –afirmó– que la etnología es una ciencia condenada a desaparecer porque los pueblos exóticos o primitivos que estudiamos tienden, bien a desaparecer físicamente, bien a transformarse para ser asimilados a modelos occidentales. Considero que hay que ser muy prudentes al respecto. Eso mismo se decía ya a finales del siglo XVIII, cuando se constituyeron las primeras sociedades para el estudio del hombre. Entonces ya se decía que con el desarrollo de los viajes, con la difusión de la civilización, el tiempo está medido y hay que darse prisa. Y cuando en 1908, año de mi nacimiento, Frazer pronunció la lección inaugural de la primera cátedra en el mundo que se tituló de antropología social, en la universidad de Liverpool, éste dijo lo mismo: sólo nos quedan unos pocos años por delante. Pues bien, incluso en la actualidad, con todas las transformaciones que se producen a un ritmo brutal, existen cientos de sociedades –no diré desconocidas– sobre las cuales aún tenemos mucho que aprender. Por consiguiente, la tarea de la etnología aún está lejos de agotarse».

Al hilo de todo ello, debo apuntar que, después de tantos años, aún mantengo mi duda sobre la tele-realidad como obstáculo de la pesquisa etnográfica. La televisión se puede mirar de muchas maneras, pero en todo caso produce signos de la realidad. Dicho en forma literaria, se podría comparar con un espejo que se pone en el camino de lo real, pero que devuelve iconos, un fluido de signos (Marshall McLuhan diría que devuelve estímulos eléctricos). Si ese proceso tiene algo que ver con la realidad, sería de un modo parecido al que opera en la pintura o en la escritura. En cualquier caso, la televisión es un medio manipulador por su propia naturaleza, y eso afecta muy directamente al género documental. Así, cuando intento captar

<sup>2</sup> Ésta y las siguientes citas de Claude Lévi-Strauss reproducen sus declaraciones en el mencionado programa de Luis Pancorbo.

la vida de una pequeña comunidad de pigmeos en la selva zaireña del Ituri, procuro, como realizador, ocultar toda la parafernalia del medio. En suma, el objetivo es obtener secuencias espontáneas, naturales. Pero los pigmeos no son tontos, y cuando ven a un blanco que no sólo es el blanco de la cruz y el rifle, sino que además porta un trípode, una cámara y un largo cable con un micrófono, comprenden que habrá una alteración ulterior de esa realidad, y por consiguiente su comportamiento también varía.

Es verdad que a lo largo de un cierto tiempo de convivencia puede reducir la distancia que originamos los integrantes del equipo con nuestro utillaje y nuestro estilo de vida. Por aburrimiento, cansancio o rutina, los miembros de esa comunidad acaban actuando de la misma forma en que lo harían en el caso de no filmarlos una cámara. Pero no pretendo el engaño, pues en nuestro programa también hay secuencias que hemos de propiciar e incluso recrear. A veces no hay más remedio que pedir a alguien que repita algo que estaba haciendo un minuto antes, pero que no ha sido posible captar, porque la luz era poco favorable o porque no había película en la cámara.

Esta recreación de la realidad, tan frecuente en el documentalismo etnográfico, nos aleja del reportaje y nos aproxima en mayor grado a ese género que Robert J. Flaherty desarrolló magistralmente. Obviamente, Flaherty era un narrador, un contador de historias que escribía un guión, pero ello no debe llevarnos a desdeñar su minucioso trabajo de campo. Así, cuando rueda *Nanuk el esquimal* (*Nanook of the North*, 1922), el realizador observa cómo el inuit sube a su kayak o arponea una foca, y luego le solicita que repita esa acción ante la cámara. Como Nanuk no era un actor profesional, hay poca distancia entre su imagen cinematográfica y su genuina cotidianidad. Por tal circunstancia, esa propuesta documental de Flaherty no sólo refleja la lucha por la vida en circunstancias extremas; también propone un testimonio certero de cómo era la existencia diaria en determinadas comunidades, antes de su progresiva aculturación.

El pasado año visité Savaii, la isla de Samoa donde Flaherty rodó *Moana* (1925), su primera película en color. Pese a que la zona conserva en buena medida las tradiciones, sólo cabe hallar un diez por ciento de aquello que el cineasta recogió en su cinta. A no dudarlo, eso demuestra el valor de *Moana* como testimonio cultural, de acuerdo con lo señalado anteriormente por Lévi-Strauss. Así, pues, aunque tengamos que solicitarle a un papú que desentierre varias veces un ñame para garantizar la calidad de una determinada secuencia, y aunque ese papú acabe siendo un actor que se interpreta a sí mismo, ello no ha de implicar nuestra renuncia a reflejar televisivamente ese aspecto de una cultura amenazada.

Cuando Nigel Barley escribió *El antropólogo inocente* (1983), puso de manifiesto una serie de riesgos que también pueden afectar al realizador de documentales etnográficos. Y se trata de riesgos muy habituales, puesto que en el paso de la realidad a la tele-realidad se deslizan muchos diafragmas, comenzando por los que impone la cámara. De hecho, el operador puede brindar una mayor profundidad de campo a imágenes que con nuestros ojos veríamos de otro modo. Pero los diafragmas pueden ser también conceptuales, y en este sentido conviene recordar que la traducción de un mundo a otro a veces requiere más de un intérprete, con lo cual no mengua, sino crece la entropía. Aquí, en la raíz del problema, me viene a la memoria una anécdota que también ocurrió en el Ituri, cuando nos disponíamos a recoger escenas de la vida pigmea. Tras reunir la pertinente documentación, era preciso comunicarse con nuestros protagonistas, cuya lengua es el bambuti. Cada una de mis preguntas, planteada en francés, era vertida al walese por un intérprete que a su vez era traducido al bambuti por un bantú, hijo de una etnia vecina de la pigmea, pero contradictoria en altura física, cultura y lengua. De ese modo, cada una de mis palabras era reinterpretada por dos personas antes de ser oída por mi interlocutor. A veces un sencillo interrogante tardaba media hora en obtener respuesta. En otras ocasiones, un malentendido interrumpía drásticamente el diálogo, como cuando propusimos a los pigmeos que simulasen dormir dentro de una de sus cabañas. Algo obsceno debieron de entender, puesto que se indignaron, y mucho, y al comentárselo a sus paisanos, todos juntos se adentraron en la selva, dejándonos completamente solos en la aldea.

Desde luego, un sesgo marcadamente manipulador gobierna el proceso. De ello mismo son muestras el montaje o la edición videográfica, gracias a los cuales secuencias que fueron rodadas un día se ligan a planos de otra fecha, y se presentan luego como una acción consecutiva, tramando así el tejido narrativo final.

Pese a las críticas que puedan argumentarse al respecto, he procurado elaborar esta labor televisiva desde la óptica antropológica del relativismo cultural. Me reafirmó en esta postura el propio Lévi-Strauss, quien, casi al final de su carrera, continúa reclamando el sello de relativista cultural. «Nuestra tendencia al consumismo –decía en la citada charla– va en sentido opuesto a lo que otras sociedades han conocido o practicado, o practican todavía. (...) De ninguna manera podemos decir de modo absoluto que una fórmula es mejor que otra. Lo que sí es cierto es que cuando se opta por una, se renuncia al mismo tiempo a ciertas ventajas y se aceptan ciertos inconvenientes. (...) Todas las sociedades, cualesquiera que sean y dondequiera que estén, se remontan a través de la historia y la prehistoria a una antigüedad igualmente remota. Por consiguiente, no existen pueblos más